

Belarmino Elgueta B.

1980.

LA ENSEÑANZA SIEMPRE VIVA DE EUGENIO GONZALEZ*

Análisis Crítico de la Fundamentación Teórica del Programa
de 1947 del Partido Socialista

1. El hombre y su obra

Eugenio González emerge a la escena histórica en 1920, año que simboliza una época caracterizada por la profunda ebullición de las ideas y la apertura de un proceso de reformas en la sociedad chilena. Entonces, no se apagaban aún las resonancias de aquellos jubilosos días del centenario, durante los cuales la oligarquía conmemora la emancipación de España. El ciclo de su presencia en el desarrollo nacional se cierra con su muerte, en 1976, en el territorio de su patria ensangrentada por una satrapía transnacional sustentada en las armas.

En más de medio siglo de fecunda actividad intelectual deja un legado de ideas y obras que, por su profundidad y trascendencia, habrán de perdurar durante mucho tiempo como parte integrante de nuestra cultura nacional. Su personalidad es multifacética. Nacido en 1902, destaca en las más variadas actividades, siempre al servicio de los intereses populares e interpretando los más altos valores del espíritu, hasta alcanzar sin duda alguna el rango de la figura más ilustrada y brillante del siglo XX en Chile.

* Conferencia pronunciada en el acto de inauguración del Centro de Estudios Socialistas "Eugenio González", realizado el día 2 de abril, en la Casa de Chile, en la Ciudad de México.

Desde sus ensayos de juventud en la revista Claridad, destaca el escritor. De su producción mayor en prosa, se publica Más afuera en 1930, Hombres en 1935, Destinos en 1940 y Noche en 1942, todas ellas novelas que penetran en la situación angustiosa del hombre en la compleja sociedad contemporánea. De la primera de estas obras, el crítico literario Hernán Díaz Arrieta expresa que "enriquece nuestra literatura... y debe contarse entre el pequeño número de libros nacionales dignos de sobrevivir". Pero Eugenio González no sólo se distingue en la palabra escrita, sino también en la oral. Tenía la virtud, en efecto, de improvisar de tal manera que todo lo que expresaba parecía un texto escrito y depujado, para deleite de quienes le escuchaban.

Como maestro enseñó filosofía en el Instituto Pedagógico, del que fue su director, más tarde decano de la Facultad de Filosofía y Educación y, por último, rector de la Universidad de Chile, continuando en ella la senda de ilustración trazada por Andrés Bello, Diego Barros Arana y Valentín Letelier. Consciente de la continuidad de la cultura, hace el elogio de este último en uno de sus primeros discursos pronunciados en el señado, con ocasión del centenario de su natalicio. Ambos maestros siguieren un paralelo, pero no podrá ser ésta la oportunidad de hacerlo.

Durante su rectorado, Eugenio González promueve la democratización de las viejas estructuras universitarias. El siempre señaló, desde luego, que el problema universitario es un problema político. "La democratización de la Universidad -enfaticó, por eso- sólo será posible en forma cabal, cuando se democratice la educación nacional en un conjunto, lo

que supone a su vez cambios auténticamente revolucionarios en las estructuras básicas: económicas, sociales y políticas". No obstante, se esforzó en hacer de ella un centro de formación humanista, así como en prepararla para cumplir plenamente sus funciones una vez que se configure un nuevo estado al servicio de una nueva sociedad.

Como teórico socialista, Eugenio González interpreta la apasionada búsqueda por el movimiento obrero de un camino para el desarrollo nacional y la liberación social, en el que recupera la rica herencia dejada por el pensamiento liberal y positivista del siglo anterior y que condiciona favorablemente la recepción del marxismo. Influida profundamente, además, por el pensamiento anarquista predominante en los años veinte, transmite al Partido Socialista el sentido ético en su acción, el que pasará a constituir una constante en su horizonte político.

Sus ideas están sintetizadas en la Fundamentación Teórica del Programa aprobado por el partido en 1947. En dicho marco ideológico, se formulan las cuestiones esenciales de la lucha por el socialismo, de las cuales examinaremos en esta oportunidad aquellas que le confieren su carácter peculiar. Ellas se relacionan fundamentalmente con la manera como asume el marxismo, con la concepción del camino al poder, con el proceso de democratización, con el humanismo socialista y con la teoría de la revolución latinoamericana. Estas cuestiones constituyen las claves para entender al socialismo chileno, por lo que centraremos en ellas el presente análisis.

2. El marxismo: un debate siempre abierto

Armado con una sólida formación cultural, Eugenio González asume el marxismo como método de interpretación de los fenómenos sociales y como guía para la acción, de cuyo concepto deriva la autonomía en el análisis de la realidad nacional y en la elaboración de una estrategia de lucha, constituyendo el instrumental más precioso para la revolución chilena. Como pensamiento creativo, el marxismo tiene que encarar constantemente problemas inéditos que plantea la historia, aportando soluciones también nuevas en las luchas de los hombres para satisfacer sus necesidades, aspiraciones e ideales.

El es plenamente consciente de esta verdad. Por eso, confirmando la Declaración de Principios de 1933, expresa en la Fundamentación Teórica: "La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora".

Esta es una severa réplica al intento del stalinismo, en su tiempo, de establecer una ideología oficial para el movimiento comunista, que terminó derrumbándose como todas las construcciones artificiosas. Hoy, el marxismo es reconocido como un sistema abierto e ^{con} incluso, que puede ser

enriquecido -y también rectificado por el constante devenir social, como dice nuestra Declaración de Principios-, como quiera que él está constituido por un conjunto de principios generales y de prácticas revolucionarias, esto es, por la unidad del conocimiento y la acción. Los primeros no son dogmas y las segundas son acciones humanas, por lo que unos y otras están sujetos al análisis y a la interpretación.

El marxismo es, pues, un debate siempre abierto, que inicia la discusión sin ponerle punto final. Por lo mismo, en medio de los tormentosos procesos históricos, este pensamiento esencialmente crítico ha sido objeto de distintas interpretaciones y aplicaciones. El propio Marx ha estado en el centro de la controversia, distinguiéndose entre el Marx joven y el Marx maduro, así como él mismo ha sido diferenciado de Engels. Muchos otros pensadores, definidos como marxistas, han exhibido a su vez diferenciaciones respecto a ambos y entre sí. Igual situación se presenta en los procesos revolucionarios desarrollados bajo la bandera del marxismo, donde surgen distintas formas de socialismos reales.

Para comprender el marxismo -señala Eugenio González- hay que considerarlo, pues, como producto del desarrollo social y de la cultura, en el que destaca el esfuerzo de los hombres por conquistar un estadio superior en su existencia, a través de un proceso incesante de cambio en la naturaleza y la sociedad. Los hombres se crean a sí mismos conforme crean su mundo, dominando su medio ambiente, y en cuyo avance requieren un nuevo marco de relaciones sociales. De este modo, creando y recreando sus condiciones de vida, ellos mismos generan su propia historia.

3. El largo y difícil camino hacia el poder.

El marxismo pone de este modo en el centro de la preocupación de los trabajadores -fuerza motriz de la revolución- la cuestión del poder. La Fundamentación Teórica, siguiendo la orientación de la Declaración de Principios de 1933, define por eso la vía revolucionaria a través de la caracterización del estado burgués. "Como órgano coercitivo -expresa-, el Estado es un producto de la lucha de clases y su función consiste en defender, mediante la fuerza si es necesario, los privilegios de la clase dominante. Cuando los antagonismos de clase hayan desaparecido, el Estado en su actual carácter de aparato represivo carecerá de razón de ser". Es la caracterización clásica.

Pero el Partido Socialista no se limita a ella, sino que define su objetivo estratégico. Así queda patente en el documento aludido. "La conquista del actual Estado es, sin embargo, -expresa, por eso- condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora". Esta formulación excluye, pues, la posibilidad de tránsito del capitalismo al socialismo dentro de la institucionalidad burguesa.

En relación con este mismo problema, el Partido Socialista rechaza la disociación del proceso revolucionario en dos etapas diferenciadas con clases sociales hegemónicas distintas. En la Fundamentación Teórica así se

afirma al tiempo que se reconoce el carácter socialista de este proceso. "Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas -dices las grandes transformaciones económicas de la revolución democráticoburguesa -reforma agraria, industrialización y liberación nacional- se realizarán en nuestros países latinoamericanos a través de la Revolución Socialista". Esta afirmación es el resultado del análisis marxista de nuestra realidad.

La caracterización precedente es una cuestión decisiva que se vincula con un problema fundamental de la lucha revolucionaria. Este problema se refiere a las relaciones entre la teoría de clase y la conciencia de clase. Dicho de la manera más breve, si esa concepción estratégica no se convierte, en efecto, en la conciencia política de las masas trabajadoras no adquirirá eficacia alguna en la lucha por el socialismo. Sólo un proletariado educado en este sentido cumplirá su papel de fuerza motriz de la revolución socialista.

Para arribar a estas definiciones, Eugenio González se compenetra del desarrollo del debate marxista, desde la primera generación de seguidores de Marx hasta los contemporáneos, cuyas obras eran conocidas cuando se elaboró el programa socialista de 1947. Este debate puede dividirse en tres períodos: el primero, va de la fundación de la II Internacional a la revolución rusa, el segundo, de este acontecimiento, que marca un corte, hasta la deformación stalinista y, el tercero, del surgimiento de la crítica a este proceso adelante.

El movimiento de creación teórica se prolonga por un siglo. La primera generación socialista centra su preocupación en el estudio del pasado en busca de una luz que la conduzca al asalto del poder burgués, desencadenando resonantes polémicas entre revisionismo y ortodoxia. La generación siguiente, con Lenin a la cabeza, pondrá el énfasis en los análisis concretos de la nueva época histórica hasta culminar con la más grande revolución de todos los tiempos, en abierta oposición a las concepciones socialdemocráticas. Pero tampoco este proceso se detiene aquí, sino que continúa su marcha con la última generación de teóricos marxistas, que asume principalmente el estudio de los problemas del poder convertidos, en última instancia, en problemas políticos. Ella establecerá a su vez sus diferenciaciones críticas con las generaciones precedentes.

El Partido Socialista de Chile experimentó, de 1939 a 1946, las ilusiones reformistas. Pero superó éstas a partir del XI Congreso General de este último año y, particularmente, con la Fundamentación Teórica del Programa de 1947, elaborada por Eugenio González, y que le dió un sólido respaldo a la voluntad de remontar la crisis del partido encarnada por la Juventud Socialista, conducida por Raúl Ampuero. Esta crisis tuvo su origen, como se sabe, en la experiencia política del Frente Popular y su práctica de colaboración de clases antagónicas.

La Fundamentación Teórica, como ya se ha dicho, anticipó en treinta años una definición clara respecto a la controversia replanteadada por el eurocomunismo sobre las vías revolucionarias. El socialismo chileno no reconoció, en dicho documento, como aún válida la concepción históricamente comprobada, desde la época de Lenin, de que las revoluciones socialistas sólo pueden comenzar con la conquista del poder político, y no mediante el logro gradual de posiciones de poder en el seno de la sociedad capitalista. Esta es, por el contrario, la diferencia entre las revoluciones socialistas y las revoluciones burguesas.

4. La democracia y la libertad en el socialismo

La relación entre el socialismo y la democracia es otro tópico que se discute desde la fusión del movimiento obrero con el marxismo, manteniendo su plena actualidad cuando una considerable parte del mundo proclama la transición del capitalismo al comunismo. El Partido Socialista chileno debatió también este tema desde sus primeros pasos, haciendo de la democracia su práctica cotidiana. Para su análisis, recurre a la interpretación de la revolución soviética y su regresión stalinista a fin de extraer lineamientos esenciales para la revolución chilena. Pero también incursiona en el examen de la libertad como una categoría histórica, resultado del desarrollo de las sociedades humanas.

En un luminoso análisis histórico y filosófico, la Fundamentación Teórica afirma: "La trágica experiencia soviética ha demostrado que no se

puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo".

Pero no se detiene en esta afirmación, sino que proyecta con singular penetración el curso deformado y deformante que adquieren los procesos revolucionarios cuando se cancela la libertad. "El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente -dice- a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo". Los más notables teóricos marxistas actuales coinciden con esta conceptualización.

El Partido Socialista de Chile no esperó, pues, las crudas revelaciones de Krushev en el XX Congreso del PCUS para enjuiciar teóricamente al stalinismo. Por el contrario, se anticipó diez años en la denuncia de la omnipotencia de la burocracia estatal que, lejos de erradicar la dominación del hombre por el hombre, la degradación de la persona humana y la alienación económica, política y espiritual, ha mantenido estos fenómenos. Esta misma burocracia proclamaba haber cumplido su misión histórica, confundiendo el socialismo con la estatización de la propiedad y el fortalecimiento de ese mismo estado que los clásicos del marxismo -y también la Fundamentación Teórica tantas veces aludida- consideraban en vías de extinción, deformando de este modo las relaciones socialistas, la cultura y la teoría marxista.

El socialismo -no importa repetirlo-, conforme a dicha Fundamentación Teórica, es producto de la evolución económica y social de las sociedades modernas, por lo que representa también la continuidad de la cultura. Por lo mismo, puede agregar que el socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía (habría que señalar, y del proletariado) para darles la plenitud de su sentido humano, y todo régimen político que implique la reglamentación de las conciencias conforme a cánones oficiales es incompatible con el socialismo. "Ningún fin puede obtenerse -agrega- a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad".

El Partido Socialista de Chile se encuentra en buena compañía en esta materia. Rosa Luxemburgo defiende la libertad como el único medio capaz de proporcionar una formación política consciente a las masas, aún frente al autoritarismo bolchevique. Marx Adler sostiene que en una sociedad dividida en clases (habría que recordar que las sociedades en transición también lo están) la libertad es bandera de la clase obrera independientemente de la mejora de sus condiciones materiales. Karl Korsch, anticipándose a las deformaciones soviéticas, niega la posibilidad de que los obreros puedan influir en la producción de sus propias condiciones de vida con el ascenso al poder de déspotas en lucha en contra de ellos. Herbert Marcuse vuelve a plantear el concepto de libertad con verdadero brillo, continuando la tradición marxista.

Este problema se formula hoy, ya no sólo por los teóricos marxistas, sino por los propios trabajadores en los procesos revolucionarios que han dado lugar a las sociedades en transición. Yugoslavia en 1948, Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1981. Los sucesos en estos países se inspiran en similares consideraciones a las contenidas en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947 del Partido Socialista de Chile. En Checoslovaquia se habló, en su hora, de un socialismo de rostro humano, como si pudiera existir otro de rostro inhumano o, dicho en términos del checo Kalivoda, "si es posible hablar de un modelo staliniano del socialismo, sólo cabe hacerlo en el sentido de que es un modelo no marxista de socialismo". La cuestión polaca de hoy está en el centro de esta discusión.

Actualmente constituye, pues, una verdad indiscutible que la clase trabajadora no puede desempeñar una real función política en el socialismo sin libertades democráticas. La ausencia de éstas la recluye a su lugar de trabajo, condenándola a una especie de corporativismo. La democracia socialista o es integral o no es democracia. Ella descansa en la unión de la autonomía de los productores y la autodeterminación de los ciudadanos, de la gestión de las empresas por las organizaciones obreras y la dirección política por ellas mismas. Debe consistir, en suma, en la combinación de la democracia directa y la democracia representativa.

5. El humanismo socialista

El análisis precedente nos conduce a otra cuestión controvertida que pasará a adquirir, en el debate marxista, una profunda repercusión muchos años después de la publicación del Programa del Partido Socialista de Chile en 1947. Se trata de la polémica sobre marxismo y humanismo. La Fundamentación Teórica adopta, en dicho año, una posición inequívoca al respecto. "El socialismo es, en su esencia, humanismo" -expresa-, precisando en seguida su contenido y alcance: "A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras". En este sentido, el hombre crea la historia, esto es, la estructura social que luego lo moldea. En esta época, el capitalismo está generando las condiciones de su superación, con lo cual el hombre superará también su propia enajenación.

El Partido Socialista tampoco está sólo en este terreno. Son muchos los teóricos marxistas, en efecto, que han destacado el contenido humanista del marxismo, incluso en la Unión Soviética, después del XX Congreso del PCUS, pero hay quienes también tratan de rebajar esta connotación, como el filósofo comunista Luis Althusser. El inauguró la controversia sobre este asunto en 1964, es decir, diecisiete años después de la formulación de la Fundamentación Teórica, suscitando la intervención en el debate de varios pensadores comunistas y socialistas. Althusser señala

entonces la importancia de esta polémica como "un hecho sintomático de la coyuntura teórica e ideológica del marxismo contemporáneo".

Con todos los riesgos de los esquematismos, en esta oportunidad, procuraremos precisar -en forma por demás somera- los términos de la discusión. De acuerdo a la crítica y superación por Marx del mito filosófico de la "naturaleza humana", de la antropología especulativa, es posible distinguir en la palabra humanismo un sentido filosófico, en cuanto concepción del mundo en la que la práctica humana es deducida de la esencia del hombre, considerado como el fin supremo de la historia -opuesta a la teista- y un sentido real, en cuanto concepción que afirma el valor del hombre y tiene por objeto, en los límites de una época histórica determinada, la satisfacción de sus necesidades y aspiraciones de libertad.

Es esta última connotación la que tiene precisamente el humanismo socialista en la Fundamentación Teórica. No es éste, por cierto, un concepto idealista, que diga relación con la supuesta naturaleza humana. El mismo documento despeja cualquier duda al respecto. "Como socialistas -dice- consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos ni de la libertad para la explotación de las masas -preconizada por el liberalismo burgués". Para precisar en seguida que cada etapa del desarrollo histórico ofrece a los hombres determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan fundamentalmente del régimen de propiedad y de producción.

De otra parte, la Fundamentación Teórica diferencia explícitamente el humanismo socialista de aquellos que lo precedieron desvirtuando otra objeción corriente. "El humanismo de la revolución burguesa -señala- ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas y, aún dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El humanismo de la revolución socialista, que ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene en cambio un carácter total". No obstante, dentro de este marco de discontinuidad y contradicción, el humanismo socialista recoge los valores de protesta social y de crítica social contenidos en el humanismo burgués realizándolos plenamente en la perspectiva universal y liberadora del socialismo.

Althusser, en la línea del escolasticismo soviético, no niega la existencia del humanismo socialista, sino que considera una ruptura en el pensamiento de Marx hacia 1845, que escinde una primera fase "ideológica" de una segunda fase "científica" (teórica). Desde este punto de vista, acudió la infortunada caracterización del marxismo como un antihumanismo teórico, reconociéndole si al humanismo socialista un carácter ideológico. Por otra parte, dentro de este último concepto, distingue entre el humanismo de clase, que según él se habría expresado en la Unión Soviética durante cuarenta años mediante la dictadura del proletariado, y el humanismo de la persona vigente a partir de la transformación de aquella en estado de todo el pueblo. Así, a la mitología filosófica, Althusser opone la mitología científica.

En esta materia, preferimos la compañía de Ernst Bloch. "Lo humano -dice este pensador- no se encuentra, por consiguiente, en cada sociedad como generalidad alguna existente, sino en el proceso laborioso, y se alcanza solamente a través del comunismo. El moderno punto de vista proletario no sólo no elimina el valor "humanismo" sino que lo posibilita. Y cuanto más científico es el socialismo, tanto mayor es su preocupación por el hombre y tiene más a la vista la superación real de su alienación". Esta interpretación explica, a nuestro juicio, el lema favorito de Marx: "Soy un hombre y nada de lo humano me es ajeno".

6. La revolución latinoamericana

La teorización sobre la revolución en la vasta área latinoamericana ha dado lugar igualmente a un largo debate. Durante varias décadas han cho-cado con estrépito dos concepciones básicas. La tesis stalinista sobre la revolución por etapas, la primera de las cuales es la democrático-burguesa, que será la obra de una alianza de cuatro clases sociales -el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional- y la tesis que concibe a la revolución como un proceso continental ininterrumpido de carácter socialista, cuya fuerza motriz es un frente de trabajadores, que constituye la mayoría social en cada uno de nuestros países.

El Partido Socialista de Chile defiende esta última posición. En la Fundamentación Teórica se retoman, en efecto, los postulados de unidad latinoamericana contenidos en la Declaración de Principios de 1933. Para eso, en el capítulo titulado La situación de América Latina, se caracterizan los problemas de ésta, cuyos rasgos principales no se presentan en el resto del mundo, y se reafirma la voluntad partidaria de abordarlos sin subordinar nuestra posición revolucionaria a los fines políticos, económicos y estratégicos de ninguna de las grandes potencias que luchan por la hegemonía mundial.

En este capítulo de la Fundamentación Teórica están comprendidas todas o casi todas las tesis sustentadas por el socialismo chileno sobre la revolución latinoamericana. Formuladas en la década del cuarenta, algunas de ellas son precursoras de teorías desarrolladas más tarde por economistas y científicos sociales, así como adoptadas por otros partidos del subcontinente, en medio de una controversia apasionada.

Ellas se refieren, en síntesis, al destino común de nuestros pueblos y, por lo tanto, al carácter continental de su lucha revolucionaria, al subdesarrollo y dependencia de América Latina, a la vinculación estructural de las burguesías internas al imperialismo y, por lo mismo, a la incapacidad de éstas para cumplir los objetivos históricos que ellas tuvieron en Europa, al papel hegemónico de la clase trabajadora en la realización de las tareas no cumplidas por dicha burguesía a través de su propia revolución popular y al carácter socialista de ésta.

Antes que Eugenio González cristalizara estas ideas en la Fundamentación Teórica, José Carlos Mariátegui había expuesto tesis similares, en su ponencia titulada Punto de vista antiimperialista, presentada en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, de 1929. En ella, sostenía que "las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provecho, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional". Según Mariátegui, el antiimperialismo de los marxistas representa la lucha por la transformación del capitalismo en el socialismo.

Las tesis contenidas en la Fundamentación Teórica han tenido una plena corroboración por la historia reciente. La revolución cubana demuestra, en efecto, que los movimientos de liberación nacional que se desarrollan hoy -en la época de las revoluciones socialistas- se convierten de manera ineludible en procesos revolucionarios socialistas al enfrentarse a las burguesías internas coaligadas con el imperialismo en la lucha por sus objetivos sociales. Nicaragua comienza a recorrer el mismo camino ante la insoslayable disyuntiva: o capitulación o radicalización del proceso, no pudiendo detenerse en la fase democrático-burguesa.

No está de más advertir, por último, que a través de esta exposición no ha sido posible considerar toda la problemática contenida en la Fundamentación Teórica, la que a su vez es sólo una parte de la herencia política de Eugenio González. Partiendo, en efecto, de la convicción de

que la democracia sólo alcanzará su realización plena en el socialismo, resta por analizar, entre muchos aspectos más, el respeto de las inicia tivas de los trabajadores y de la independencia de sus organizaciones en un ámbito de amplia participación social, la generación colectiva de la línea política al interior del partido con el rechazo consiguiente del autoritarismo burocrático y la conducción de las masas a través de mecanismos de persuasión y fomento de instancias de decisión por la base. Estas cuestiones se refieren a la teoría del partido y su relación con la clase, que es necesario rediscutir con la mayor urgencia.

La misma necesidad existe respecto a las funciones de los sindicatos, puesta de relieve hoy en Polonia. La Fundamentación Teórica sostiene que la unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político, considerando que esta unidad es la base indispensable para la acción revolucionaria que llevará, en un momento determinado, a los sindi catos y demás organismos obreros a la lucha directa por el poder. De acuerdo a este predicamento, atribuye también a los sindicatos la condi ción de cuadros técnicos de la futura sociedad y de organismos de base para la generación del poder revolucionario. Para este nuevo análisis podremos contar también, pues, con la enseñanza siempre viva de nuestro camarada Eugenio González.